

2.1. EVOLUCION DEL PENSAMIENTO ECONOMICO ESPAÑOL SOBRE LA SIGNIFICACION DE CASTILLA Y LEON *

D. JUAN VELARDE FUERTES
Catedrático de Estructura Económica
Universidad Complutense

Cuando estudiamos los detalles exactos de los datos del producto interno por habitante en Castilla y León comparado con los de las grandes comunidades territoriales europeas, se observa que, como consecuencia del avance que se logra aquí de 1964 a 1975, podríamos estar parcialmente ilusionados. Respecto al conjunto de los cuatro grandes países del mundo occidental —Alemania Occidental, Francia, Gran Bretaña e Italia, los cuatro grandes «colegas» de la Comunidad Económica Europea— el PIB por habitante de Castilla y León era el 55,3 por ciento en 1964 y va creciendo hasta el 64,6 por ciento en 1975.

Sin embargo, cuando analizamos lo que ocurre desde el año 1975 en adelante, nos encontramos con que en 1981 ese PIB por habitante ya ha bajado hasta el 57,3 por ciento aunque a partir de ahí se inicia una recuperación que llega hasta el 61 por ciento en 1987. Podemos decir, por tanto, que no se ha cerrado el abanico y existe una marcha que parece mínimamente aceptable pero, indudablemente, el problema está en este momento presente y candente.

Respecto al conjunto español, la marcha empieza también a partir de 1964 con aproximadamente un 80 por ciento, porcentaje que va creciendo continuamente, con pequeños dientes de sierra, hasta alcanzar el 90 por ciento en 1987. Este porcentaje podría llevar a pensar que la situación de Castilla y León ha mejorado, pero no hay que olvidar que la economía española centra su dinamismo en las zonas situadas en el oriente de la península. Por tanto, esta región, en este instante, acepta un «medio pasar» que va a chocar con un conjunto de necesidades de inserción dentro de la comunidad nacional que de ninguna manera debe ser algo que aceptemos como inexorable.

* El texto recoge la intervención del profesor Velarde Fuertes en el *I Congreso de Economía Regional de Castilla y León*. El texto conserva las características de la forma oral en la que se expuso.

La región castellano-leonesa no es pobre de solemnidad pero tampoco ha caminado nunca hacia los niveles de opulencia que en un principio y como vocación debería alcanzar. Esto nos conduce a algunas preguntas: ¿puede lograr esos niveles de opulencia?, ¿alguna vez se acercó a dichos niveles?, ¿le han sido negados a lo largo de la historia como consecuencia de algo?, estas cuestiones merecen, sin duda, una reflexión.

Intentaré plantear aquí un conjunto de cinco grandes agobios estudiados por los economistas y estudiosos de la economía española contemporánea. Estos intentan observar cinco tensiones importantes en relación con el mundo castellano-leonés, de tal manera que, cuando parecía que todo se iba a concitar para generar aquí un alto nivel de desarrollo económico, como consecuencia de la servidumbre que voluntariamente acepta Castilla en el terreno concreto del planteamiento político, hace que se arruine esa mejoría económica que aparentemente iba a crearse en su ámbito.

Cuando estudiamos, a través de la mano del gran investigador García de Va-deavellano, qué es lo que sucede en el conjunto castellano-leonés en el aspecto económico en el ensayo «Los orígenes de la burguesía en la España medieval», nos encontramos con que el panorama que ofrece del conjunto de esta región no nos puede dejar tranquilos en relación con el bienestar de la misma. Ese panorama es el de la separación clarísima entre lo que ocurre en León, Palencia y Salamanca y lo que sucede en Sevilla, Zaragoza, Toledo o Mérida. Las razones por las que Castilla y León no logra beneficiarse con la creación de una burguesía propia, de la existencia del Camino de Santiago que discurre a través de ella, las aporta García de Va-deavellano una y otra vez. Castilla y León se sacrifica colosalmente desde los primeros momentos de la Reconquista, no para crear un núcleo opulento en ella, sino para originar el viejo mito del reino visigótico total que abarque al conjunto español. Este sacrificio histórico es continuo desde los primeros tiempos de la Edad Media.

Castilla en vez de preocuparse por crear un gran engranaje entre el mundo musulmán y el mundo cristiano, entre el mundo que peregrina y el resto del mundo europeo, está obsesivamente preocupada por la ampliación de esa monarquía visigótica de la que se considera legítima heredera, como puede verse en todos los estudios existentes sobre la época. Todo este proceso se culmina en el siglo XV, es el instante en que Castilla y León parecen recibir la compensación por su esfuerzo secular. Se puede citar que parecía asentarse el papel de núcleos como Burgos, donde se distribuía la lana, ávidamente demandada en los mercados europeos; como Medina del Campo, con vinculaciones con la alta burguesía de toda la Edad Media europea, o bien como Segovia y su creciente industria textil.

Esto aun se acrecentaría, porque no se debe olvidar que el mundo americano que se había descubierto, con riquezas ciertamente fabulosas, era propiedad de Castilla. El reino de Castilla tenía, pues, dos cosas: la riqueza propia derivada de haber culminado la tarea emprendida y la nueva riqueza americana.

Cuando parecía que un conjunto de circunstancias apropiadas para el desarrollo granaba en Castilla, he aquí que un estudioso de esta región, Ramón Carande nos aclara por qué todo se hunde. El trabajo de Carande es uno de los más escalofrantes que el mundo castellano puede recibir. Este palentino ilustre explica que, cuando aparentemente, esta comunidad va a desplegar las alas de la opulencia, cae en situaciones, si no de miseria, sí de pobreza realmente extrema.

Según Carande, Castilla acepta en aquellos momentos ser el punto de apoyo esencial del nuevo planteamiento que se efectúa dentro del imperio al que se incorpora. La razón de la pérdida de nuestro oro y nuestra plata, los economistas la exponemos

con una expresión nítida: «el desequilibrio presupuestario». Castilla aportó sus hombres, su talante y sus riquezas para equilibrar ese presupuesto.

El presupuesto español estaba enormemente desequilibrado y ese desequilibrio generado por una siempre muy alta tensión imperial (véase el caso actual de los Estados Unidos) obliga a un considerable Gasto Público. Este hace que aquellas 600 operaciones acreedoras (peticiones de crédito) de las que habla Carande como efectuadas en el conjunto del mundo burgués europeo de alguna manera exigían, pues había que subvenir a ellas, que no se cayese en una suspensión de pagos. Era preciso, de cara al futuro, que ese desequilibrio presupuestario se lograra mantener financiado adecuadamente.

A Castilla se le piden, en aquel momento y esencialmente dos servicios. En primer lugar, lo que ahora denominaríamos la tecnoestructura imperial, es decir, que aporte sus mejores hombres en un despliegue que se hace desde América hasta Alemania. En segundo término, sus riquezas, procedentes tanto de América como de las derivadas de la Reconquista. Cuando Carlos V llega a la conclusión de que los medios se han agotado, empieza a cundir el desánimo, porque el resto de los reinos de la confederación de los Habsburgo no está dispuesto a dejarse exprimir de la misma forma. En este momento, los tesoros americanos llegan a Sevilla. Cuando lo hacen, se anotan a la contabilidad castellana y nada más verificado el asiento desaparecen rumbo a Génova o se transfieren a la banca europea. El resumen de esta segunda situación a la que nos hemos estado refiriendo, es que Castilla lo hizo todo en aquellos momentos, pero en realidad bien poco para sí misma.

La tercera de las situaciones que parece van a crear una risueña realidad va a llegar en el momento en que se constituyen los estados nacionales. En este punto hay que acudir a los trabajos del mercantilista Bernardo Ward, quien se plantea qué le está pasando en aquel momento a Castilla. Lo ocurrido es claro: se ha descapitalizado en el pasado y no ha conseguido servicios públicos adecuados de cara al futuro. Por ejemplo, no hay una red de carreteras significativa que traben los mercados castellanos.

La situación reinante era atroz. Por ello Bernardo Ward señala que es necesario enlazar de alguna manera esa economía castellana con el resto de España a través de la famosa propuesta de Los Ilustrados de una red radial de carreteras. Es preciso que la región central de España se comunique de modo rápido con todos los puertos marítimos fundamentales y con el exterior. Cuando en la actualidad observamos cuáles son las carreteras nacionales, comprobamos que son las recomendadas por el mismísimo Ward.

La centralización política se trasladó de la Cuenca del Duero a la Cuenca del Tajo y de Valladolid hacia Madrid. Por supuesto que acaba dando lugar a una especial opulencia madrileña muy estudiada por especialistas en localización, quienes han llegado a la conclusión de que esto contribuye negativamente a la opulencia futura de Castilla.

Madrid actuará como un mecanismo succionador de las ventajas derivadas de que allí se centren las seis grandes rutas nacionales, gracias a unas economías externas que siempre se han convertido en fuente de actividad. De esta forma ninguno de los puntos alejados de Madrid, exceptuando los situados en la propia periferia española pueden rivalizar, ni de lejos, con la opulencia alcanzada por esta ciudad. El resto no queda conectado cómodamente, ni existen enlaces en ese vasto hexágono que surge así en la economía española mientras que la Cuenca del Duero queda descentrada.

El hecho de que la Cuenca del Duero, de una forma generosa, no reivindicase la capitalidad política en el siglo XVII es lo que va a explicar que Madrid se convirtiera, no sólo en la capitalidad política, sino también en la capitalidad económica de

España y que en la actualidad tenga una renta por encima de la imaginable. También que al absorber ventajas, genere un serie de situaciones de desierto económico, a su alrededor, que en parte afectan a Castilla y León. Es más; esta región ha aceptado gozosamente el estado nacional borbónico que da lugar a la definitiva creación de la capitalidad económica en Madrid, lo que marginará con fuerza a Castilla. El fruto es el tercer agobio en el tiempo de los habitantes de esta zona de España.

El cuarto freno a la expansión va a provenir, de las incoherencias que la situación del siglo XIX acaba por generar. En Castilla y León se había ido creando una comunidad productiva basada esencialmente en el sector primario; tanto agrícola como ganadero. De él había estado viviendo Castilla, en el pasado, y he aquí que se decide que ha de ser potenciado al hundirse, con la muerte de Fernando VII, el Antiguo Régimen.

En ese momento Castilla va a apostar por un nuevo orden, el determinado por el liberalismo político. No olvidemos que las del Duero son tierras del Empeinado aunque también por ellas haya peleado el cura Merino. El predominio de don Juan Martín significaría también un liberalismo económico que exige la creación de un gran mercado nacional unificado sin separaciones, que tenga como foco productivo a los trigos y las lanas castellanas y, en definitiva, todas las producciones de la Cuenca del Duero.

Esta situación, aparentemente, va a ser reforzada por un conjunto de medidas de política económica que reciben el nombre de desamortizaciones. Entrará en un comercio más activo, un conjunto de propiedades que frenaban el desarrollo de la agricultura y el resultado de todo ello se esperaba que fuese un incremento en la actividad. Ese resultado todavía se va a afianzar aún más. En concreto, esto es bien visible en Valladolid, donde existió una gran ilusión tomando como base unas decisiones adoptadas por Cánovas del Castillo.

Este político en 1875, da el famoso golpe de timón que los economistas denominamos el «viraje proteccionista». Consideraba que era necesario que el conjunto económico español pasase a producir todo lo que necesitaba para sí mismo, que debería ser generado dentro del propio ámbito nacional. Era lógico, asimismo, que así se impulsaría un conjunto de productos industriales y agrícolas. En éstos entran todos los que empezaban a desarrollarse en la Cuenca del Duero.

Cánovas del Castillo, puso especial cuidado en defenderlos en las fronteras con unos buenos, altos y excelentes aranceles que, sobre todo en 1881 van a comenzar a ser infranqueables frente a la competencia del exterior. El bienestar de Castilla en aquellos momentos deja de depender de los factores que actuaban hasta entonces, de motivos que se resumirían en la conocida frase de «agua, sol y guerra en Sebastopol», como generadores del bienestar de la región. Es decir, dos causas internas naturales, y una exterior, pues la guerra en Sebastopol hacía subir el precio de los cereales con lo cual se colocarán bien en el mercado.

Es el momento en que nos encontramos con que Castilla es uno de los socios de una gran alianza proteccionista. En ella se vinculan sobre todo, los textiles catalanes, las siderometalúrgicas vascas, los carboneros asturianos y los trigueros castellanos. Parece que así el futuro español iba a quedar garantizado en su conjunto, y que para Castilla este va a ser una fuente de opulencia.

Perpiñá Grau y Flores de Lenur nos explicaron en detalle por qué esta alianza provoca opulencia para todos los miembros, excepto para los trigueros castellanos. La explicación del fracaso se encuentra en que la velocidad de crecimiento, a lo largo del tiempo, de los precios de textiles, productos siderúrgicos y de carbón, como con-

secuencia de la acción de las decisiones proteccionistas, crecen con más agilidad que los precios de los productos agrícolas generados en la Cuenca del Duero. Como son bienes destinados al intercambio cada vez hay que entregar más vino y trigo castellanos a vascos, catalanes y asturianos por cada unidad producidas por éstos. El intercambio se traduce en una transferencia oculta de rentas como consecuencia de las diferencias acumuladas en el tiempo en los precios relativos de los productos intercambiados.

El resultado de aceptar este tipo de desarrollo agrario significa cuatro costes. En primer lugar el analfabetismo, porque para que se mejore la contabilidad de costes de la familia castellana se acude a rebajar los de producción de la explotación minifundista, haciendo que trabajen incluso los niños, ya que la instrucción de éstos supone un dispendio para el padre, que no puede permitirse las escasas rentas percibidas por la familia. El segundo coste es el de la frugalidad, esa frugalidad de la que nos habla Fermín Caballero a través de descripciones terribles de la alimentación y consumo de los castellanos, todos del tipo que los economistas denominamos productos inferiores. El tercer coste es el del absentismo, que en Castilla ha tenido buenos cantores por influjo del regeneracionismo. Según esta escuela, los castellanos se van fuera, a otras tierras, cuando observan en ellas situaciones más sonrientes. El cuarto de los costes es la rebeldía, que los políticos han ignorado en muchas ocasiones, y que los economistas siempre citamos basándonos en el enfrentamiento de un agricultor castellano que se rebela contra el gobernador que le obliga a pagar a sus empleados salarios por encima de sus posibilidades.

Este es pues, el cuádruple conjunto de costes que Castilla experimenta a lo largo del tiempo al aceptar la situación de desequilibrio protegido existente. Castilla se encuentra con que en esa etapa ha contribuido oscuramente al bienestar y al futuro de otras regiones españolas, pero ha percibido mucho menos de lo que su ilusión había creído factible.

La quinta posibilidad de salida hacia la riqueza de Castilla y León llega cuando se decide que el viraje proteccionista no debe presidir la política económica española y se opta por la apertura al exterior. Esta situación comienza en 1959, se centra en 1970 con el Acuerdo Preferencial con la Comunidad Económica Europea y, desde el 1 de marzo de 1986, se amplía al actuar nuestro país como miembro de la Comunidad. Puede ser éste un cambio muy importante.

Pensamos que, aunque esto provoca importantes conmociones productivas, al abatirse la frontera económica hispanoportuguesa, por primera vez, Castilla y León tiene una fácil salida al mar. Esto es un hecho nuevo y radicalmente diferente. ¿Qué puede ocurrir? ¿Sabrá el Valle del Duero aprovecharlo adecuadamente? Tras el relato de estos agobios a los que me he referido, el derivado de la idea visigótica del mundo imperial, el de la aceptación del Estado Nacional, el de las consecuencias de la agricultura tradicional en el equilibrio del proteccionismo, el del desequilibrio de la marcha hacia la apertura de la economía española, he aquí que, precisamente en esto, hallamos una posibilidad de desarrollo.

Esto es lo que yo, como economista, debía plantear hoy en Salamanca, esta Salamanca de la que Salvador Rueda decía: «si de ti se tirase cual de planta frondosa, toda España sería tu raigambre grandiosa, pan inmenso de tierra que el mar viene a ceñir». Eso es lo que debe hacer Castilla: conseguir que la ciña el mar, porque si lo consigue, tal como decía Garcilaso: «aquí estarían juntas virtud, linaje y haber, todo lo que de natura o fortuna se sea debe asentarse aquí».

Esta es la formidable tarea que los economistas, humildemente encabezados por mí, en cuanto al orden de los trabajos, debemos aportar de alguna manera para el futuro de esta región.